

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2006

No. 33



UANL

Para las cuatro apariciones anuales del Anuario Humanista, a partir del 2007, se intentará que correspondan de la siguiente manera: Filosofía al trimestre enero-marzo, Ciencias Sociales al trimestre abril-junio, Historia al trimestre julio-septiembre y Lengua y Literatura al trimestre octubre-diciembre.

Manejaremos la entrega de los artículos a las instituciones y personas que lo reciben en su forma impresa y en formato electrónico a cualquier persona o entidad que desee ser beneficiaria de los contenidos o contenidos de carácter científico, para que contribuya al desarrollo de investigación cultural en el área de las Humanidades.

PRIMERA SECCIÓN
FILOSOFÍA

La formación de la educación debe estar ordenada al desarrollo humano. La educación es un proceso que se desarrolla a lo largo de la vida. La educación debe ser integral y debe formar al hombre en su totalidad. La educación debe ser crítica y debe promover el pensamiento independiente. La educación debe ser creativa y debe fomentar la innovación. La educación debe ser ética y debe enseñar a respetar los derechos de los demás. La educación debe ser social y debe preparar al hombre para la vida en sociedad. La educación debe ser humanista y debe promover el bienestar de todos.

FORMACIÓN HUMANÍSTICA DEL HOMBRE

† Dr. Jur. Dr. Phil. Agustín Basave Fernández del Valle
Director Fundador del Centro de Estudios Humanísticos
Universidad Autónoma de Nuevo León

Las estructuras educativas de nuestro tiempo presentan una cierta proclividad a un acentuado especialismo. El hombre de nuestros días se ha dado cuenta de que no puede ser solo un buen especialista y por eso aspira a una mejor educación. A una formación verdaderamente humanista. No se trata de conocimientos vagorosos. Tampoco queremos caer en el desconocimiento —nefasto, por cierto— de los principios fundamentales que dan unidad y sentido a nuestra existencia. Lo que requieren las universidades y los institutos tecnológicos y politécnicos es una formación humanística donde las culturas no queden incomunicadas, ni el hombre mutilado en lo más hondo de su ser. Por eso he propuesto que la Antropología Filosófica sea una materia común a todas las carreras universitarias, a fin de que sobre esa base se exponga una positiva teoría de la formación del hombre. No podemos ni queremos ser engañados por el mito de la espontaneidad absoluta. Todas las ciencias descubiertas y desarrolladas por el hombre tienen una importancia de primera magnitud en la forja de la personalidad humana. No confundamos la formación humanística con la crítica irresponsable de la técnica actual, ni el necesario ocio —ocio fecundo— con la vida indolente. Me importa preservar el amor a la libertad, la búsqueda de lo armonioso y la preocupación por la cultura que configuran el estilo humanista. Importa, en cualquier institución de educación superior, hacer del hombre —del hombre concreto de carne y hueso—, el valor-clave y supremo que da sentido a la historia y a la sociedad. El hombre es a la vez —debe ser— sujeto y meta de la educación.

La finalidad de la educación debe estar ordenada al hombre mismo. El fin de la educación está lógicamente subordinado al fin del hombre. En otras palabras: El fin de la educación es la perfección del hombre, pero la perfección del hombre estriba en la posesión de su fin último. El fin del educador tiene que coincidir con el fin del educando. La perfección primera del hombre abarca la integridad de su esencia sustancial: Cuerpo y alma. Unidad, verdad, bondad y belleza —propiedades del ente— deben resplandecer en la naturaleza humana considerada en su entidad. La unidad nos salva del desdoblamiento y la disgregación; la verdad nos conduce a la autenticidad; la bondad nos libera de los defectos y vicios; la belleza nos convierte en sujetos de complacencia. Todas las potencias de que el alma es susceptible tendrán que ser revestidas o investidas de todas las perfecciones habituales de que son capaces por naturaleza o por gratuita donación, para que la naturaleza humana, considerada en su esencia, adquiera un acabamiento. Y no olvidemos, tampoco que la educación tiene por finalidad servir a la proyección social y trascendente de la persona humana, disponiéndonos al cumplimiento de la caridad, de la justicia, de la seguridad y del bien común.

El humanismo filosófico —objeto primordial de nuestro estudio— tiene su centro en el problema del hombre y de su naturaleza, de su origen, destino y puesto en el universo. Conocer el meollo del hombre, su profunda mismidad, sus poderes y sus limitaciones en el mundo que nos toca vivir, es el tema del nuevo humanismo.

Cabe hablar de un *humanismo cerrado* —que aprisiona al hombre en sí mismo— y de un *humanismo abierto* —que abre al hombre a la trascendencia, al Ser fundamental y fundamentante—, para mejor comprender la disyuntiva entre el inmanentismo y la apertura a la trascendencia. Los humanismos absolutos absolutizan unilateralmente alguna propiedad humana: La razón, la libertad o la materia. Sacrifican las restantes propiedades esenciales del hombre, su pluiridimensionalidad, para quedarse en una postura unidimensional que conduce al antihumanismo. Podemos aceptar la parte afirmativa de estos humanismos, pero tenemos que rechazarlos por lo mucho que niegan en la totalidad del hombre. Y lo que nos importa es un humanismo integral que no sacrifica ninguna de nuestras facultades. En el *humanismo abierto* el hombre se eleva más arriba del universo, no excluye nada que sea humano, —por eso incluye la dimensión de la trascendencia o de la fundamentalidad de la existencia humana—, acrecienta el valor personal y procura el bien de todos. Por la religación a un Ser fundamental y fundamentante, por la dimensión de la trascendencia, el problema del Ser Absoluto, por sí mismo subsistente, no es extrínseco al hombre mismo. El dinamismo de nuestra humanidad nos

permite afirmar lo intrínseco del problema de Dios con respecto al hombre. La exaltación desmesurada de lo colectivo y el superpoderío de la técnica (tecnocracia) son manifestaciones antihumanísticas en cuanto deprimen a la persona humana, cercenan el libre despliegue de las facultades espirituales y llevan a la tiranía política o a la tecnocracia hueca de fermento espiritual. El soberbio humanismo de la autosuficiencia humana —idealista o científicista— no puede fundar por sí solo la vida moral y social. ¿Cómo vamos a poder lograr nuestro afán de plenitud subsistencial con el humanismo de la falsa autosuficiencia humana? Este tipo de humanismos carece de un significado final para la existencia y de un destino para la actividad del hombre. La técnica no puede constituir un fin en sí misma, pero puede constituirse en *condición* de progreso de los auténticos valores humanos. Sólo una concepción integral del hombre como espíritu encarnado puede satisfacer ese anhelo de plenitud subsistencial que se prueba en la tierra pero que está destinado a un fin ultraterrestre.

Un humanismo abierto es una “visión del mundo”, pero es también una construcción arquitectónica y operante del mundo. Estamos de acuerdo en que más que contemplar al mundo hay que transformarlo. Pero esto no quiere decir que afirmemos la supervalorización de la “*práxis*” sobre la “*theoresis*”, ni de la acción sobre la contemplación. Porque acción que no es precedida de contemplación, es mera agitación de neurótico. Ante un mundo dominado por la pasión anti-intelectual y por los instintos infraracionales, afirmamos decididamente el valor del intelecto amoroso que postula nuestro lema comprometido: “*In amore sapere et in sapientia amor*”. Sólo por esta vertiente nos libramos del cerco de la inmanencia y de la historia.

Cuando se da valor absoluto a lo relativo se cae en mitos, en ídolos que se suceden sobre los altares de la historia. El retorno a razones universales y eternas, la necesidad de una síntesis constructiva y comprensiva de la cultura moderna es requerida hoy por los más inteligentes y sinceros pensadores. ¿Cómo podemos tener, de otra manera, una sabiduría superior que sea fuente de unidad y de armonía? El formidable reto que nos lanza al saber contemporáneo —especializado y desintegrado— nos insta a la recomposición ideológica y a la reconstrucción del hombre integral. Es la difícil composición unitaria metafísica-ética-artística-política-científica-espiritual que recibe los valores esperados por el hombre como realizaciones perennes de verdad, bondad, justicia, belleza y paz. No ignoramos la masa de los hechos, de las ideas y de las cosas caducas que produce cada época histórica; pero consideramos posible la realización emergente de la actividad propedéutica de salvación. El or-

den sólo existe cuando hay convergencia y armonía en torno a un principio. Ahora bien, el principio del orden humano no puede ser el hombre mismo, puesto que se trata de un ente contingente, caduco, finito. Nuestra vida es nuestra en cuanto la vivimos, la realizamos y la ejercemos; pero no es nuestra en cuanto nos viene dada. Estamos instalados en el mundo, no nos autoinstalamos. Ni yo ni los otros hacíamos falta. Como somos pudimos no haber sido. Hubo un momento dado en que no fuimos y habrá otro momento dado en que no seremos; en que no seremos, por lo menos, como somos ahora. Nuestra vida, en cuanto nos viene dada por quien hace que haya vida, se nos presenta como una dádiva de amor. Estamos comprometidos a vivir amorosamente con misión personal, única, incanjeable, insustituible. Si todo hubiera sido contingente, no habría habido nada. Hay algo, luego hay algo necesario. Lo contingente implica ineludiblemente lo necesario. Este Ser necesario es el supremo principio del orden humano que está llamado a ser, si queremos entenderlo bien, un "*ordo amoris*".

En un humanismo integral y ecuménico debe existir un extenso y generoso reconocimiento de la validez de la existencia humana y de sus expresiones culturales y políticas. Los exclusivismos son desastrosos en el campo ideológico y en el campo práctico. No podemos perseguir fuera de toda medida y equilibrio, con un solo valor en mengua de los otros valores. Cuando entronizamos la libertad o sólo la justicia; sólo el individuo aislado o sólo la comunidad transpersonal, caemos en un pavoroso caos. Todos los valores de la técnica, de la economía y de las ciencias deben entrar en el universal campo de esa sabiduría en donde verdad, bien, belleza y piedad se fundan y confundan.

El humanismo ecuménico integral es una síntesis personalista y comunitaria. Hay una dimensión mundana exterior, que se concreta en la organización social, la economía, el trabajo y diversas técnicas. Trátase del dominio del obrar que transforma al mundo, manipula la materia y produce instrumentos felicitarios para el hombre. En el humanismo abierto, esta producción externa tiene también como fin el ser humano disciplinado por los hábitos de las diversas técnicas o artes y por las virtudes morales. Lo grave es que el hombre, dentro de esta postura, sea esclavo de la técnica, de la organización o de la máquina. El artista dominador, que marca al mundo exterior con una idea que proviene de su intimidad, infunde en la materia algo de su espíritu. En el campo de la actividad inmanente vertida directamente al perfeccionamiento de la intimidad, el ámbito de las ciencias perfecciona la inteligencia, así como las virtudes morales perfeccionan la voluntad y las facultades apetitivas inferiores. El orden de racionalidad, gobernado por la prudencia, según las

exigencias del bien, es así mismo un "*ordo amoris*". Dentro de este orden de racionalidad que el amor abraza, administra y excede, encontramos al hombre del humanismo integral como paradigma de perfección que actúa a la luz de la Verdad primera y del Bien supremo. Para llegar a ese fin supremo hay todo un itinerario que recorrer y una elevación humana que alcanzar. Valores inmanentes y valores externos nos instan a seguir el camino teotrópico. El humanismo ecuménico integral organiza la cooperación entre los hombres, sobre el plano material, el plano ético y el plano intelectual. El bien común aportado se traduce en un bien común distribuido. Porque la persona es relativamente para la sociedad, pero la sociedad es absolutamente para la persona. La formación plenaria supone autoformación, autogobierno, disciplina externa y ayuda que viene de los otros hombres y del Ser absoluto. El bien que hay que hacer y el mal que hay que evitar, sirven como pautas para desarrollar los derechos positivos como interpretaciones, determinaciones y evoluciones de las normas eternas y trascendentes que se reflejan en la conciencia sana y recta. La colaboración común conduce a la perfección común. El humanismo contemporáneo busca la unidad del hombre y de las cosas humanas, la unidad del pensamiento y de la acción, la unidad de la ciencia y de la virtud, la unidad de la interioridad y de la vida social, la unidad de la cultura y de la oración. La cima del humanismo contemporáneo, término de nuestra vocación, no se alcanza en este mundo. Sembramos, entre el dolor y la muerte, con la esperanza del crecimiento y del renacimiento. Para dar una respuesta integral a la vocación humana, para salvarnos de la esclavitud, del tiempo y de las cosas, requerimos una meta que está más allá de todos los espacios y de todos los límites del tiempo.

El humanismo como sistema de pensamiento o como programa de acción que tiende a hacer al hombre más verdaderamente hombre nos hace tomar conciencia de nuestra dignidad y de nuestro destino. Nicolás Berdiaeff apunta con lúcida agudeza: "La posición del hombre sin Dios y contra Dios conduce a la negación y destrucción del hombre... Donde no hay Dios, no hay ni siquiera hombre: Tal es el descubrimiento espiritual de nuestro tiempo"¹. Se impone la necesidad de una trascendencia ontológica. Un humanismo abierto al cristianismo, en la sociedad contemporánea, reclama un reconocimiento de todos los valores propiamente humanos en relación con el último y supremo destino. El humanismo ecuménico integral, humanismo abierto, no se cierra a ninguna luz. Habla de un conocimiento racional superior, pero situado junto a las ciencias experimentales y a las ciencias matemáticas, a la historia, a la

¹ Nicolás Berdiaeff, *Una Nueva Edad Media*, B. Aires, 1946, pp. 29-106.

literatura, al arte y a la religión. Debe haber relaciones y eventual colaboración entre filosofía y ciencias experimentales. Junto a la especulación de lo concreto, es preciso abrirse a la especulación de lo abstracto que no es mera superestructura arbitraria, sino pensamiento referido a la realidad concreta. Podemos admitir la *verificabilidad de hecho*, como criterio de certeza, para una teoría física y para toda ciencia de observación, pero la verificabilidad no es el criterio general de toda certeza. Y cabe advertir que si hay defectos en la deducción, también los hay –y mayores aún– en la observación. Si los sentidos son fuente de conocimiento, con mayor razón lo es el entendimiento que reúne y unifica los conceptos que corresponden a las sensaciones y ve los caracteres inteligibles de las cosas. El principio de la complejidad de lo real nos permite concebir una realidad de orden superior a la pura materia. “Los tiempos en que la filosofía y ciencias naturales se obstaculizan mutuamente –advierte Max Plank– se han desvanecido y deben ser olvidados para siempre”. El humanismo ecuménico integral que nosotros buscamos sólidamente con todos los hombres es un humanismo abierto con una dialéctica de integración y progreso para la humanización del mundo. La forma “*hominis*” universal tiene que hablarnos y resonar en nosotros como reactivación renovadora. Conociendo y sintiendo el humanismo ecuménico integral seremos herederos activos, forjadores de un proceso de humanización que nunca concluye mientras haya vida humana sobre el planeta.

La sabiduría o sapiencia no significa, tan sólo, un saber de considerable extensión, profundidad y elevación, sino un orden de vida centrado en Dios. A la sabiduría nos acercamos, purificándonos, por el dolor. Y nos acercamos, también, por la inocente alegría de la vida, por la difícil sencillez, por la confiada entrega, por la veneración del misterio. El sabio busca un bien cuya posesión sacie todo deseo y confiera la paz. No se trata de una simple búsqueda existencial. La sabiduría está profundamente interesada en el destino del hombre. El “*gnoti se auton*” socrático es tan sólo un fin intermedio. Me conozco a mí mismo para *saber lo que debo hacer para ser mejor*, y si es factible para ser *feliz*. La verdad no está divorciada de la *felicidad*.

La sabiduría escudriña el Principio de todo lo real y se abraza a Él. Cuando se penetra a fondo en la verdad y en el Sumo Bien, el alma espeja la Verdad suprema y se ennoblece. La sabiduría, en sentido agustiniano, no es un mero conocimiento de la verdad, sino un “*amplexus veritatis*”, una atracción y compenetración íntima con Dios. En el sabio “todo se subordina a la unidad superior del espíritu, allí donde la verdad y el amor forman como la cima de una llama que puja por elevarse al cielo”, obser-

va el P. Victoriano Capánaga, O.R.S.A.² El espíritu del hombre no se satisface con lo temporal, con números y las matemáticas, con los medios de la ciencia y la técnica; busca la plenitud subsistencial, el fin último, el destino supratemporal. El erudito puede tener muchos datos sobre una o varias ciencias, pero si no es sabio ignora lo que es e ignora su destino que no puede ser otro que Dios. “Llamo sabios, no a los hombres prudentes e inteligentes, sino a aquellos que poseen un conocimiento lo más perfecto posible de sí mismos y de Dios y llevan una vida y conducta moral conforme con este conocimiento”, enseña San Agustín en su monografía “*De utilitate credenci*”.³ En rigor, “*si sapientia Deus est . . . verus philosophus est amator Dei*”.⁴ Cabe hablar de tres sabidurías distintas y jerárquicamente ordenadas: La *sabiduría infusa* es una sabiduría de amor y de unión, que alcanza a Dios de una manera experimental y suprahumana en su vida íntima y según su misma deidad. La *sabiduría teológica* es una sabiduría de fe y razón, que conoce a Dios de una manera humana y discursiva –aunque la fe esclarece a la razón, en su vida íntima y según su deidad–, sin excluir las cosas creadas en cuanto se relacionan con su creador. La *sabiduría metafísica* versa sobre la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito y sobre su fundamento. Sabiduría natural de razón. Su objeto formal no es Dios –aunque lo conozca como a causa de los seres– sino la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito (*la habencia*). Ciertamente que el metafísico mientras más conoce el ser de los entes más anhela ver la causa del ser (Dios).

La ciencia responde a la vocación humana de dominio terrestre. Está muy bien amar y cultivar la ciencia, pero está muy mal amar y cultivar la ciencia contra la sabiduría.

La sabiduría responde a la vocación humana de salvación. Saber universal vivificante y unificado, sencillez piadosa y amor de ultimidades se fusionan en la sabiduría. Es una inocente alegría de la vida combinada con una ciencia de la realidad total referida al Ser fundamental y fundamentante.

La vida está llena de aventuras. Pero sólo hay una gran aventura: La de salvarnos o la de perdernos. Nos perdemos conscientemente en el mundo o nos salvamos en Dios. Entre carne –inmanencia egotista e intrahumana– y espíritu –trascendencia amorosa y supramundana– transcurren los vaivenes de nuestra vida humana terrenal. Somos llama-

² P. Victoriano Capánaga, O.R.S.A., Introducción General *Obras de San Agustín*, Tomo I, B.A.C.

³ San Agustín. *De utilitate credenci* V. Cred. 12, 27, PL. 42, 84.

⁴ San Agustín. *De civitate Dei*, VIII, Im Corpus Christianorum, 47, 216.

dos por el amor. Y cuando no descansamos en el amor se apodera de nosotros una irremediable melancolía. Encerrados en la cárcel de la finitud, nos convertimos en esclavos de fuerzas infrahumanas y caemos en la desesperación. El retorno hacia el impulso teotrópico nos hace salir de la prisión intramundana para trocarnos en epifanía de la comunión amorosa.

Si ya no hay amistad, si ya el hombre no cuida del hombre, de nada sirve seguir construyendo grandes ciudades vacías de calor humano.

Hemos roto los naturales lazos vitales y hemos materializado nuestra existencia arrancándola de sus raíces. Nos olvidamos que la vida humana es un maravilloso misterio y la entregamos en holocausto para el altar del progreso material. Si la tierra pudiese llorar, lloraría por el destierro del hombre. Sentada en los escombros de nuestra civilización, la escuela aún es capaz, si se decide, a poner luz de sabiduría en nuestro corazón y amor de los hombres por los hombres.

Acaso mi tesis de una educación para el amor parezca extraña, fuera de lugar. Pero no es así. Si el hombre necesita el amor para hacerse hombre, ¿por qué la universidad no habría de enseñarnos de qué podríamos y debiéramos estar enamorados? ¿Quiénes son, en definitiva, los que trazan los grandes hitos de la historia: Los mediocres o los amantes de la sabiduría, de la ciencia, de las artes, del arte, de la patria y de la humanidad?

Aunque el amor es sumamente difícil de definir, porque no es algo que se tiene sino una manera de ser, ocúrreseme proponer la siguiente definición: *El amor es un afecto vivo, benevolente y promocional del hombre, que se profesa a Dios y al ser humano.*

La muerte del amor petrifica los corazones. La leña seca del sistema cordial, en un odiador, sólo sirve para arder. El desamparo espiritual no puede ser más lacerante. El que endiosa a una creatura no llega a una verdadera solidaridad con los demás. Lo más probable es que concluya en un egoísta enamoramiento de sí mismo, obstaculizando el amor desinteresado con los prójimos. La destrucción de los ídolos es siempre saludable. Significa, las más de las veces, un primer paso hacia el Ser Absoluto. El estado, el arte, la ciencia, la mujer, el dinero, la voluntad del poder, son bienes finitos que no pueden ponerse en lugar de Dios. Somos llamados por el amor. Entre yo mismo y la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito oscilo en tensión viviente. Entre lo actual y lo proyectado vivimos desviviéndonos. Pero en esa rajadura de la existencia sorprendernos un impulso al infinito.

LA FILOSOFÍA DEL QUIJOTE EN AGUSTÍN BASAVE FERNANDEZ DEL VALLE

M.A. Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Filosofía

Centro de Estudios Humanísticos

Universidad Autónoma de Nuevo León

Breve semblanza y trayectoria

La figura del Dr. Agustín Basave Fernández del Valle siempre me pareció enigmática, quizá por su gran estatura intelectual y alta investidura como filósofo consumado. Lo conocí hacia 1982 cuando se desempeñaba como Rector de la Universidad Regiomontana en la ciudad de Monterrey, y yo había llegado como estudiante a la escuela de filosofía en la citada universidad.

¿Cómo olvidar la primera ocasión en que entablé conversación con él? Lo hice en su oficina, un espacio muy reducido con mobiliario sencillo, ubicada en un edificio por las calles Matamoros y Bravo. El asunto a tratar era una beca de estudios que en mi calidad de alumno había solicitado directamente en la rectoría. Me interrogó, digamos, concienzudamente. Su trato fue afable y después de algunas indicaciones, accedió solidariamente a la petición. Su imagen en aquella ocasión, aún la tengo presente en mi memoria: vestido de traje con alguna insignia en la solapa, sus hombros encorvados, notas y libros en su escritorio y, ante todo, lo más peculiar, su mirada, una mirada penetrante. Debo decir que esa imagen en el Dr. Basave en nada cambió, al menos en mi percepción, cuando últimamente lo visitaba a su despacho en su Notaría, por la calle Argentina No. 265^a, Col. Vista Hermosa.

En esa época en que el Dr. Agustín Basave se desempeñaba como Rector, la Universidad Regiomontana vivió un auge cultural sin precedente. En el viejo edificio que se improvisó como un teatro que llevó